IMÁGENES VERSADAS

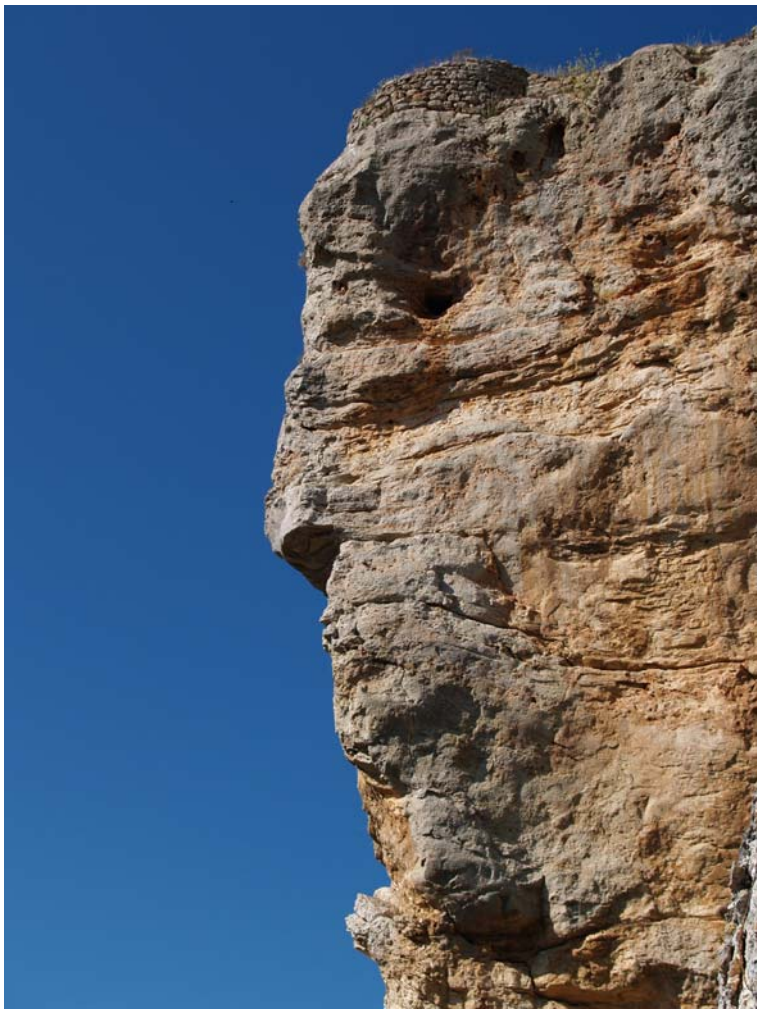
CUADERNOS DE RUTA INCIERTA

Nº 1.

JUAN MANUEL DE LOS SANTOS ARANAZ

La mirada puesta en el horizonte cercano contempla la llegada de un nuevo sonido precedido por el tronar de cien cencerros colgados de un trote de marabunta: un mugido primigenio, atávico, de quien reconoce el paso libre para un nuevo tiempo de pastos verdes y frutos inesperados. Es hora de disfrute y asombro, de reconocer el poder de la llamada ante la que sólo nos queda franquear las barreras. Sentimos el asombro de contemplar algo que año tras año se repite, pero que sólo ocurre una vez durante el mismo. Tras generaciones contemplan esta verdad indiscutible, como Colón contempló tierra tras creer que todo había sido en vano.

¿Dónde contemplamos las torres de nuestra fortaleza?. En el Horizonte un castillo se dibuja sin saber a ciencia cierta el tamaño del mismo. Un muro nos impide ver su imponente presencia y ello nos obliga a imaginar torreones sobre escarpadas paredes… Sin embargo, yo veo la fortaleza dibujada en el muro, torres invertidas e inclinadas que presentan su ingrávida presencia sobre el espejismo de otra torre de la que no queda más que su apariencia imaginada



La pétrea imagen coronada de quien fue a perder su tambor tras la batalla. Nadie encontró su tumba y por eso se habla de leyenda. Nadie ha visto su imagen allí donde quedó grabada. Por eso no hay más ciego que quien no quiere ver. Hay tumbas escondidas, otras tan enormes como las pirámides de Egipto, pero las más profundas, las más precisas, las más contundentes son las que se escarpan sobre la propia tierra dibujando el rostro de quien se dejó fundir con el lugar elegido para pervivir. La leyenda sitúa su morada final algo más al sur, tras los muros de lo que hoy curiosamente es un cementerio… Sin embargo, tras perder su última batalla la piedra se transformó en su rostro sin que nadie ose imaginar otra verdad.

Hay veces que la belleza se esconde en el abandono, que la luz nos regala un tiempo para comprender lo que dejamos atrás y cómo se transforma esa realidad para dibujar nuevos paisajes. El tiempo nos devuelve la aparente ruina vestida de descarnados atuendos, para dejar al aire y a la lluvia modelar un nuevo barro. Saber mirar tras las piedras y los árboles devastados, hacia atrás para imaginar un fuego ardiendo en el hogar, y para adelante, descubriendo un inmenso techo coronado de cielo, nubes, estrellas, soles y vientos…Vivimos espacios abandonados que se han convertido en patrimonio de la memoria de todos, y en los que aún queda un tiempo de mañana del que no conocemos todas sus claves.

En el otoño las tardes se envuelven de presagios de tormenta mientras la luz del sol coloca un manto de esperanza incierta. Los árboles se desnudan al paso de un viento imperceptible y el horizonte ensombrece el cielo azul adivinado. Hay sustancia espesa y volumen tan cierto como el del muro; tanto pesa el suelo como el cielo, y pese a todo, las ramas de los árboles nos invitan a alcanzar los sueños pospuestos. Hay tanta paz en la mirada que hasta la tormenta vecina conforma la sensación de tranquilidad. Sin ese cielo nada sería igual, sin esa luz, apenas distinguiríamos las sombras y las luces, como ocurre en nuestra vida. Tapiamos apenas un retazo de nuestra propia existencia, sin percibir que tras del muro se adivina el esplendor, la vida y todo aquello que hace de nuestra presencia un hito interesante.

Un tibio sol calienta más los ánimos que los cuerpos, pero se está tan bien que pese al invierno es preferible surcar el exterior que caldearse intramuros. El árbol nos regala su falta de follaje para permitir al sol bañar nuestros juegos, y al fondo un cielo abierto nos permite saber que hoy será una mañana de tregua. En este castillo nació una niña enamorada de un poeta sabio y asombrado… hoy alberga a otra niña aunque el poeta dejó estos campos hace tanto tiempo que sólo se recuerda en la litografía esculpida sobre el talle de un muro ensombrado. Todo es inmenso pero despojado de artificio. Esto es lo que es, esto es lo que queda, y tras el pasado la vida continua haciendo que los juegos ocupen el esplendor de los primeros años.

¿Dónde está la esencia?. ¿Es el muro el que hace la puerta, o es ésta la que sustenta a aquel?. ¿podrá abrirse esa adivinanza de puerta sin que todo se venga al suelo?. Es inquietante y a la vez transmite algo tan sosegado, que es difícil mirar y quedarse impasible. Esta puerta es como una herida de guerra cerrada en pleno campo de batalla con lo primero que se encuentra, pero está hecha; se ha colocado todo lo preciso para convertirla en lo deseado, en un cuerpo tan envejecido como los cientos de componentes de la misma. Quien ha construido este conjunto es un artista, sabe lo que pretende y se ha tomado todo el tiempo del mundo. No hay improvisación, a lo sumo, algunas superposiciones necesarias para que el conjunto hable por sí mismo… sólo queda retirar algunos instrumentos de los utilizados para tener delante de nuestra mirada un lienzo impecable.

Todo lo que queda del ayer es una ventana por la que seguir mirando al cielo. Una ventana que no esconde secretos, a lo más, historias jamás contadas y que apenas somos capaces de imaginar. Una ventana igualmente abierta a los dos lados porque aquí no quedan adentros y no hay afueras; sólo un inmenso hueco que ayer cobijaba miradas protegidas y hoy un asombro de llanuras. Desde fuera vemos el interior de un cielo límpido y rotundo apenas surcado por un suspiro de algodón blanco. Sabemos lo que fue, percibimos con claridad su arrogante talle y conocemos los ojos que albergaban miradas indolentes. Hoy queda lo que ansiaban, la libertad que quedó confiscada en la seguridad de sus recios muros. Ya no hay por lo que temer, al otro lado, dentro, está todo lo que quisieron conquistar fuera.

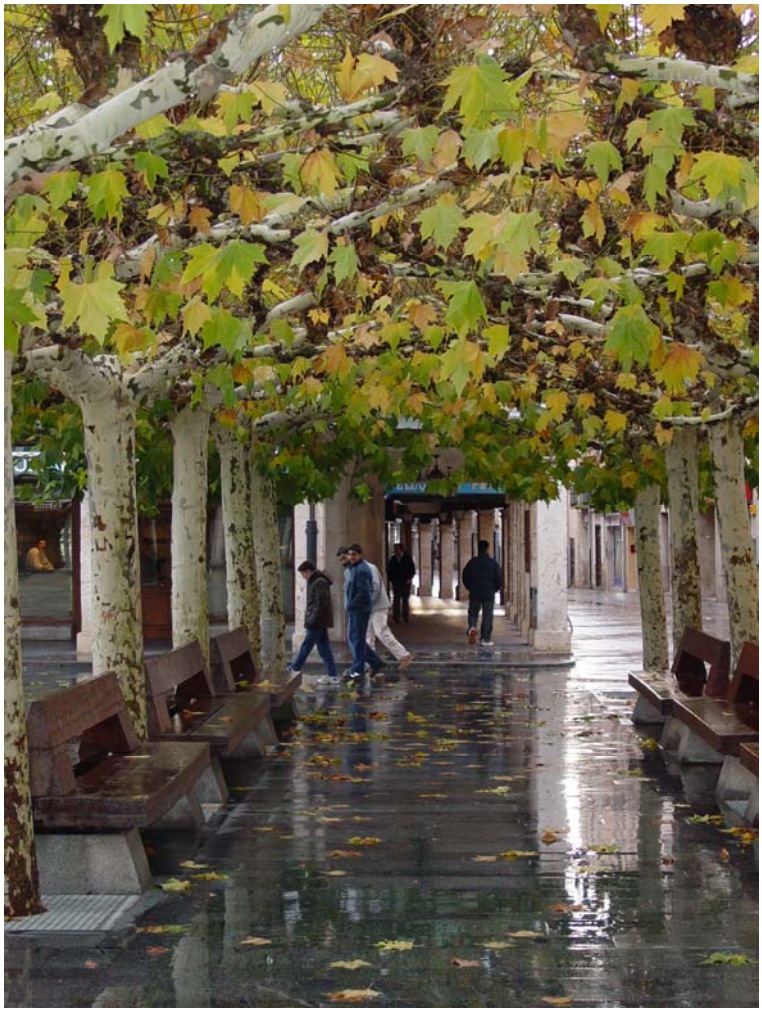
Invertimos la mirada en espejos que no siempre nos cuentan la verdad, pero sin que dejen de mostrarnos otra realidad: un cielo inexistente y profundo, unos árboles erguidos, y una roca bañada de sol. Nada de esto existiría si no hubiéramos sido capaces de mirar en la dirección adecuada, y sin embargo para muchos la realidad está en el otro lado, en lo que la imagen no recoge, en la contundencia de una realidad palpable e invariable… Buscar la belleza es un camino para comprender lo que se esconde en lo verdadero. ¿De qué sirve palpar lo evidente si no somos capaces de comprender aquello que nos ofrece desde otras miradas?. Debemos saber que no hay nada oculto, simplemente debemos esforzarnos por ver de otras formas, y quizá, haciéndolo, conozcamos los mensajes grabados de forma tan efímera como permanente.

Los ecos de la fiesta no son ya más que una sombra dibujada en el mismo camino que han de recorrer los que quedan tras la misma. Días de música, comidas, encuentros, gritos, liturgias, excesos… ya casi borrados por la soledad de los que quedan. Hijos y nietos se fueron hasta los próximos veranos, mientras en la calle casi flota el paso cansino de quien no sabe si verá más sombras. Pero en las tierras duras del sol las gentes forman parte del paisaje y se confunden en sus calles con las propias sombras de los recueros. Ella sabe que hay otros días por llegar y que ya ha vencido al tiempo. Está feliz por los días vividos y su luto no es otra cosa que el peaje que las sombras reclaman. Ella misma fabrica su propia sombra resguardada en el vertical mediodía; ésta va con ella pues ya no necesita dejarla atrás, ni proyectarla, al igual que los restos de la fiesta que perduran en un aire que sólo mueve pero no agita.

A veces todo se convierte en un prodigio inesperado. Lo insólito ocupa la sorpresa de una mirada asombrada y lo que es una parte se transforma en el todo. No puede haber más. Hay imágenes rotundas que no buscan más porque al contemplarlas comprendemos aquello que permanecía oculto… No hay ironía en una farola sobre una casa derruida; hay una profunda realidad en aquella idea de que nada permanece, y sin embargo, al contemplar el conjunto nos gustaría saber que pese a todo, somos una misma raíz.

En la calle la lluvia trajo aromas de niñez: de asfalto sofocado y tierra viva. Lluvia de otoño primero, y sol de verano pasado, donde ya no quedan juegos de calle, ni gritos de compañeros de ilusiones. Ha llovido y volverá a hacerlo antes de que la calle se inunde de recuerdos. Faltan quienes son protagonistas encerrados en otros lugares donde las alturas impiden los reflejos del sol. Evocamos lo que nos hizo personas cuando jugar lo era todo, y desde nuestras nuevas torres de Babel encontramos lo esencial donde los árboles son más altos que los muros. Hemos cambiado el mundo, y lo hemos hecha tanto, que ya ni tan siquiera la lluvia y el sol son la misma cosa.

Hay otoños para ser caminados… sendas que empiezan donde las hojas cubren nuestros pasos y en los que encontramos los ecos de nuestra existencia. Caminar sin una cumbre que conquistar, sin una cima que allanar con nuestra mirada; andar sin un sendero definido porque el regalo del otoño es dejar libre el paso para hacer camino al andar. Hay veces que lo único razonable es dejarse perder y confiar en tu memoria trivial para encontrar otros nuevos senderos…



Llueve sobre mojado en la tierra áspera donde el frío avecina chimeneas repletas de leños incandescentes, manos resguardadas en bolsillos caldeados, y cuellos embutidos en presagios titiritantes. Aún es tiempo de tardes de paseo y encuentros mientras llegamos a otros lugares caldeados; caminos de ida y vuelta sobre un espejo improvisado que nos refleja aquello que está por llegar.

¿Qué fue primero: el ingenio, el progreso, o la necesidad?. Allí donde la modernidad no impone sus leyes se recicla todo, la basura es un concepto diametralmente opuesto al de la urbe donde todo se desecha antes de finalizar su ciclo “natural”. Podemos abarcar otros horizontes antes de enviar al destierro los cacharros de nueva materia y los muebles de la abuela…quizá la ironía consista en la imposibilidad de abrir la ventana para dar paso a otra ventana más universal, aunque quizá menos tangencial.